

CARTA XL.

SOBRE LA IGNORANCIA DE
las causas de las enfermedades.

I MUI señor mio : Duélome de la indisposición de Vmd. y me alegro de que no sea cosa de cuidado. Yo tambien padecí estos días un pesado dolor de cabeza ; pero no tengo la felicidad que Vmd. de que siempre atina con las causas de sus males ; pues siempre que me hizo el favor de avisarme , que le dolía esto , ò aquello , vino por contera del aviso la noticia de la causa. Una vez lo fue el frio , otra el calor , otra la humedad , otra la falta de ejercicio , y ahora lo es la inconstancia de los temporales. Pero en esto no es Vmd. particular. A todos oigo hablar con igual satisfacción en la presente materia : y en la averiguacion del origen de las dolencias de que se quejan , hasta los Rusticos hablan en tono de Phylososofos : con que yo vengo à ser en esta parte el mas ignorante de todos los hombres. Todos saben de dónde les vino el menoscabo de la salud ; solo yo no lo alcanzo. Este atribuye su dolor de cabeza à haber dormido mas de lo ordinario ; aquel à haber dormido menos ; éste à la falta , aquél à la sobra de ejercicio ; éste al calor , aquel al frio ; éste al viento Norte , aquel al Súr ; éste à que comió aceitunas , aquél à que se hartó de esparragos. Solo yo , triste de mí , apenas sé jamás de dónde me vino el daño. Lo mas es , que ignorandolo yo , suelen saberlo otros. Casi siempre que me quejo de padecer alguna indisposicion , adivinan los que me oyen , el principio de que procede ; y lo comun es , atribuirlo al temporal que corre , sea éste el que fuere. De modo , que en mí se falsifica el adagio , de que , *Mas sabe el necio en su casa , que el cuerdo en la agena* ; pues los demas conocen quién , dentro de mi cuerpo , produce , ò

agi-

agita los malos humores , lo que à mí ordinariamente se me oculta.

2 Pero vamos hablando seriamente. Esto , que todos juzgan que saben , es lo que regularmente todos ighoran. Digo *regularmente* , por no negar , que tal vez son patentes las causas , por lo menos parciales , de las dolencias. Es verdaderisima la maxima de que , *Omne nimum est inimicum nature*. Todo lo nimio es violento ; y todo lo violento es nocivo. De aquí es , que la nimia comida , la nimia bebida , la nimia abstinencia de uno , y otro , el nimio frio , el nimio calor , la nimia sequedad , la nimia humedad , el nimio ejercicio , &c. dañan el cuerpo : bien entendido , que esta nimiedad es respectiva ; pues ya por la diferente constitucion nativa , ya por la diferente habituacion , suele ser escaséz para uno , lo que es nimiedad para otro. Ni tampoco se debe reputar nimiedad lo que excede poco del medio justo. Es simpleza pensar , que tres bocados , ò tres sorbos mas de la medida competente , no siendo mui repetido este exceso , puedan inducir perjuicio sensible. Si se continuase , en la continuacion estaria la nimiedad.

3 Puesta esta regla , se dexa conocer , que en uno , ò otro caso se manifiestan las causas de las indisposiciones ; esto es , quando las precede inmediatamente qualquiera causa que altera insignemente el cuerpo , v. gr. nimia comida , nimia bebida , nimia inedia , nimia vigilia , nimio calor , nimio frio , nimia fatiga , &c. Pero como estas insignes alteraciones , ò causas nimiamente alterantes , cuyo influxo está patente , ocurren pocas voces ; pocas veces se descubren las causas de las dolencias , quedando las mas escondidas en los ocultos seños de la naturaleza.

4 Una maquina tan delicada , y tan compuesta como la del cuerpo humano , puede padecer en su contextura varios desordenes por innumerables accidentes totalmente impenetrables à toda la especulacion de los hombres. Sin recurrir à agentes forasteros , dentro de sí misma tiene los principios , no solo de infinitos ajamientos suyos , mas tambien de su total ruina. El mas perito Artifice de Reloxes de faltriguera ,

si le presentan uno, à quien faltó el movimiento, nunca podrá atinar con la causa, hasta examinarle por adentro. Es la máquina del cuerpo animado muchos millones de veces mas compuesta, y tiene muchos millones de partes incomparablemente mas delicadas, que el mas artificioso, y menudo Relox. Están en estas en continuado movimiento, y en continuado choque recíproco los líquidos, ò sólidos. A la incesante agitación intestina de tantas, y tan sutiles partes, es consiguiente, que sin el influxo de causa alguna externa, falte muchas veces el equilibrio justo, en que consiste la salud. ¿Quién podrá de los Angeles abaxo, comprehender, qué parte, y por qué flaqueó?

5 Lo que resulta de aqui es, que así como solo quando el Relox de faltriquera padeció algun recio golpe, que le descompuso, se sabe, que el golpe causó el daño; pero en ninguna manera, quando la causa está dentro, hasta desentrañarla toda; ni mas, ni menos, solo se sabe la causa de nuestros males, quando algun agente externo visible alteró mucho la constitucion de nuestros cuerpos, y enteramente se ignora, quando no se descubre algun agente externo de aquel caracter.

6 Note Vmd. bien la limitacion de *agente externo visible*: porque no niego yo, que muchas de nuestras indisposiciones vengan de causas externas. ¿Mas qué importa, si estas, por la mayor parte, son tan impenetrables como las internas? No es dudable, que los infinitos minutisimos cuerpecillos, que incesantemente nadan en la atmospherá, de innumerables modos diferentes, alteran la máquina animada; ¿Pero quién sabe *quáles, cuándo, ni cómo*? Viene una peste con la guadaña de la muerte en la mano, desolando Provincias enteras. ¿Quién la induxo? ¿El calor, el frío, la humedad, la sequedad, los vientos de ésta, ò de aquella plaga? Nada de eso; pues en otras mil ocasiones, subsistiendo esas mismas circunstancias, no hay peste. Ignorase la causa, por ser, digamoslo así, de tan ténue corporatura, que se escapa de la percepcion de todos nuestros sentidos. Pues si unos agentes de substancia imperceptible pueden causar un efec-

to tan grande, como es el estrago de todo un Reyno: ¿quánto mas fácilmente podrán producir la enfermedad de este, ò aquel individuo? ¿La infeliz actividad de los venenos viene, por ventura, del calor, ò del frío, ò de combinacion alguna de las primeras qualidades? Ya se desterró esa simpleza phylosofica de la Medicina. ¿Quién quita que entre los atomos volantes por la atmospherá haya muchos de la naturaleza, ò qualidades de éste, ò aquel veneno? Pero no debe proponerse esto como una simple conjetura, quando consta por experiencia, de que de los sitios subterraneos se elevan muchas veces à la atmospherá exhalaciones venenosissimas. Hai sin duda muchas de este genero en las entrañas de la tierra, las quales varias veces han causado la muerte repentina de los que trabajaban en cavar minas, ò pozos.

7 En el Reino de la Nubia, que está entre el Egipto, y el Imperio de los Abisinos, hay una hierba algo parecida à la Ortiga, la qual produce una grana tan venenosa, que un grano de peso de ella, se dice, que basta para matar diez hombres dentro de un quarto de hora; y si uno toma el grano entero, muere en el mismo momento. Hacen los Naturales tráfico de aquella grana, vendiendo à los estrangeros la onza por el valor de cien ducados; pero con la precaucion de tomarles juramento, de que no usarán de ella dentro de aquel Reino. Si una tan menuda porcion de aquella substancia puede producir tan portentosa ruina, ¿qué hemos menester para mucho menores daños, buscar agentes de mucho bulto? Acaso algunas muertes muy repentinas que vemos, provendrán de inspirar algun tenuisimo vaporcillo, que tenga tanta eficacia como el veneno de la Nubia. Ha algunos años, que en esta Ciudad de Oviedo murió repentinamente un Boticario, que en el momento antecedente se hallaba, al parecer, en perfecta sanidad; y oí decir, que à la misma hora otras seis personas de la Ciudad, y territorio vecino padecieron deliquios repentinos, mas, ò menos graves, aunque ninguno mortal, como el del Boticario. Es de inferir, que entonces se exhaló de la tierra alguna aura venenosa; la qual, ò disgregada, solo entró por la inspiracion en

mayor, ò menor cantidad en aquellas siete personas; ò solo en ellas halló disposicion para causar el daño.

8 Así, Señor mio, es vanisimo el empeño de los que pretenden averiguar las causas de todos sus males. Y sobre vanisimo, le juzgo nocivo para el cuerpo, y peligroso para el alma. Algo tiene de Paradoxa la proposicion en la primera parte, y aun mas en la segunda. Vera Vmd. como pruebo una, y otra.

9 Los que presumen indagar las causas de sus dolencias, rezelosos de que esto, ò aquello les haga daño, viven en continuo afan. Brindales el apetito tal manjar, y no se atreven à probarle. Dexan el plato que les sabe mejor, persuadidos a que es nocivo, por otro ingrato, que creen saludable. Desean el paseo, pero el miedo del aire, ò de la humedad del suelo los detiene violentos en casa. Querrian divertirse alguna parte de la noche en la conversacion, ò en el juego; pero esto se opone al concepto que tienen hecho, de que les conviene meterse à tal determinada hora en la cama, aunque no los solicite el sueño, ni lo pida la fatiga. Lo mismo en otras innumerables cosas. Son por cierto mui dignos de lastima estos; porque, *qui medicè vivit, miserrime vivit*. Y lo peor es, que mas los daña, que alivia este cuidado; siendo la solicitud ansiosa con que viven, carcoma de la vida, mas que medianera de la salud; fuera de que por la mayor parte yerran el metodo de la dieta conveniente, por proceder sobre falsos principios; ya teniendo por nocivo el alimento, que no es tal; ya juzgando, que es nocivo para todos, lo que lo es para algunos. Yo me atengo siempre à la regla del Hippocates Romano, Cornelio Celso: *Nullum cibi genus fugere, quo Populus utatur*.

10 Es tambien peligrosa para el alma la presuncion de averiguar las causas de los males. Los que tienen esta confianza, y por otra parte en nada faltan à la dieta que juzgan oportuna, viven sin el miedo de tener cerca de sí, ò la muerte, ò alguna enfermedad peligrosa; pareciendoles, que sino en la edad decrepita, ni aquella, ni esta pueden venir, sino por la infraccion de alguno de los preceptos medicos, que

que se han establecido; lo que es mui ocasionado à que cuiden menos de la pureza de la conciencia. Lo que he dicho arriba de las innumerables imprevistas, y impenetrables causas de las enfermedades, y de la muerte, debe desengañarlos de su error. Y sobre todo deben advertir, que las muertes repentinas están mui fuera de todas las previsiones, y precauciones medicas; y así, exceptuando la que tal vez proviene de una insigne glotoneria, tantas muertes súbitas vemos venir sobre los que observan en su modo de vivir algunas reglas medicas, como sobre aquellos, que enteramente abandonan ese cuidado. Dios libre à Vmd. de ese error, y le conserve en su Gracia, &c.

CARTA XLI.

SOBRE LOS DUENDES.

Mi Amigo, y señor: Si Vmd. que es tan amante mio, lee con tanta indiligencia mis Escritos, que de ella resulta no enterarse à veces de mi dictamen, ò formar un dictamen mui distante del mio; ¿qué puedo esperar de los que me miran con indiferencia? ¿Qué de los desafectos? ¿Qué de los invidios?

2 Haceme Vmd. cargo de haber negado absolutamente, y sin restriccion alguna la existencia de Duendes; y suponiendome esta maxima, la impugna con la reciente Historia del famoso Duende de Barcelona, y con las noticias, que de otros da Alexandro de Alexandro en sus *Dias Geniales*. Ruego à Vmd. vuelva los ojos al Dircurso en que trato de los Duendes, leyendole con reflexion, y vera, que no hai en él tal negativa universal; pues hallará una limitacion considerable al numero 27, y en el 28 una protesta, de que, *no profiero (en el asunto) sentencia definitiva, y general, que sea incapáz de toda excepcion*. Debaxo de esta
Tom. I. de Cartas. V 3 ad-